

poner al alcance de los estudiantes laicos una serie de obras de carácter introductorio a las diversas cuestiones de la teología. En ese contexto se sitúan las presentes «orientaciones en teología fundamental» de Masetti, escritas como afirma el propio autor, para proporcionar a los laicos que inician los estudios teológicos una obra que contenga el tratamiento de las cuestiones que ese estudio teológico requiere.

Masetti resume en tres las orientaciones necesarias para la tarea que se propone: trazar las líneas metodológicas que sirven para la teología en general; dar una respuesta a la cuestión de la credibilidad de la revelación en general, y en particular de Cristo y de la Iglesia; acompañar al estudio de toda la teología sistemática para ayudar a poner de relieve la credibilidad de las diversas afirmaciones de fe. De las tres, Masetti se ocupa en este libro solamente de las dos primeras. De este modo el libro tiene tres partes: introducción a la teología, credibilidad de Cristo y de su misión, y credibilidad de la Iglesia.

El libro tiene el mérito de buscar un nivel de exposición que, a pesar de no pretender situarse al nivel de la teología especializada o técnica, logra una presentación de las cuestiones con suficiente altura y claridad. Además ofrece al final de cada epígrafe algunas lecturas que, en general, están bastante bien seleccionadas.

C. Izquierdo

Terrence W. TILLEY, *The Evils of Theodicy*, Georgetown University Press, Washington 1991, XII + 279 pp., 15 x 23.

Bajo el sugestivo título de «Los males de la teodicea», T. W. Tilley, Profe-

sor de Religión en la Universidad de Florida, realiza en este libro una crítica a cualquier teodicea. El discurso de Tilley no se detiene en discutir los diferentes argumentos usados en las teodiceas, sino que es más bien una polémica contra la misma existencia de una teodicea. Tilley acusa a la teodicea de olvidar el problema real del mal y pretender solucionarlo mediante una explicación abstracta. De este modo, según el autor, la teodicea evita enfrentarse al mal real y silencia la voz de los oprimidos. Por ello —y ésta es la tesis central— la teodicea se convierte en un discurso práctico que paradójicamente no explica el mal sino que lo produce (cfr. p. 3).

Con el fin de apoyar esta tesis, el autor desarrolla en la primera parte del libro una teoría pragmática de los actos de habla en la línea de J. L. Austin y J. R. Searle. Esta teoría —ya apuntada al final de su libro «Talking of God» (1978)— es aplicada al discurso religioso. El autor no es excesivamente original en esta parte del libro, donde sigue otros intentos similares (como el de J. W. McClendon y J. M. Smith), aunque su intención al desarrollar la teoría es muy concreta: asentar que las palabras son partes de actos que realizamos en circunstancias particulares y con fines determinados y que, por tanto, cualquier discurso tiene un carácter práctico o moral.

En la segunda parte del libro se centra ya más en la crítica a la teodicea que pretende realizar. Para ello, examina algunos de los autores y textos que considera de más importancia en la teodicea: el libro de Job, San Agustín, Boecio, Hume y George Elliot. El fin del análisis de estos autores —que ocupa la mayor parte del libro— es mostrar que realmente la teodicea es un discurso práctico; por ello Tilley no se fija tanto en lo que dicen sino en la intención con que lo dicen.

Finalmente en la tercera parte expone sus conclusiones y desarrolla su teoría de la teodicea como un discurso práctico. El autor intenta mostrar que la teodicea falsifica la descripción de la realidad y que construye sueños que nos distraen de los problemas reales. La teodicea —dice Tilley— invita a distanciarse del mal y el pecado e intentar comprenderlo, idealizando así los males. El autor critica especialmente los intentos de R. Swinburne, a quien curiosamente acusa de querer definir el mal y de usar un lenguaje sexista, y la teodicea de J. Hick, quien —dice— olvida la existencia de estructuras sociales de pecado. La conclusión del autor es que la teodicea ha de ser abandonada pues no resuelve el problema del mal sino que lo crea (cfr. pp. 5, 219, 251).

El libro de Tilley tiene aciertos indudables sobre todo en cuanto reivindicación del problema real del mal frente a la posibilidad de una excesiva simplificación del mismo. Sin embargo, la tesis central del libro es, cuando menos, discutible. En primer lugar, es dudoso que la teodicea tenga como objeto resolver los males de este mundo, por lo que no puede ser acusada de no lograrlo. Dice Tilley: «La teodicea es una práctica puramente teórica que responde a problemas teóricos, no una teoría práctica que responda a problemas reales en la práctica religiosa» (p. 229). Muy bien, ¿y qué? La teodicea no surge ante un problema práctico sino ante un problema teórico —la compatibilidad de Dios y el mal— y no intenta solucionar el mal sino el problema teórico del mal.

En segundo lugar, que la teodicea cree el mal en lugar de resolverlo no deja de ser una tesis retórica que no encuentra ningún apoyo. Ningún filósofo ha pensado que el realizar una teodicea le excusara de ayudar al que sufre. Por otra parte, el autor no discute ni uno sólo de los argumentos desarrollados en

las teodiceas, sino que los descalifica en su conjunto.

En definitiva, Tilley parece rebelarse ante un pensamiento —la teodicea— que no es capaz de reflejar en toda su crudeza la realidad del mal y propone entonces dejar de pensar —¿es esto posible?— y lanzarse a la praxis, a atender al que sufre el mal.

F. Conesa

William P. ALSTON, *Perceiving God. The Epistemology of Religious Experience*, Cornell University Press, Ithaca and London 1991, X + 320 pp., 16 x 24.

W. P. Alston, profesor de filosofía en la «Syracuse University» de Nueva York, ofrece en este libro el resultado de una década de estudio dedicada a la investigación del valor cognoscitivo de la experiencia religiosa. El libro expone de modo sistemático las tesis de Alston, que ya habían sido adelantadas en parte en numerosos artículos.

Según el autor, uno de los modos —aunque no el único— de justificar la creencia en Dios es la experiencia religiosa. La tesis básica del libro es que experiencia religiosa —a la que se refiere como *percepción de Dios*— tiene una función epistémica respecto a las creencias sobre Dios análoga a la que tiene la percepción sensorial respecto a las creencias sobre el mundo físico. Del mismo modo que la percepción sensorial es la base esencial de nuestro conocimiento del mundo, también la experiencia religiosa lo es respecto al conocimiento de Dios. Las creencias que son justificadas mediante la experiencia religiosa son denominadas por Alston *creencias-M* (de «manifestación») y examina especialmente la *práctica mística cristiana* (CMP) con el fin de mos-